



LA INUNDACION.

DIBUJO DE FREEMAN: IMITACION DE KIBRBOÉ.

Entre los innumerables azotes contra los cuales nos vemos obligados á combatir los que por aquí abajo habitamos, cuéntanse dos que inspiran un terror especial, y cuya aparición se anuncia con terribles peripecias y crueles resultados; estos son la inundación y el incendio. Con efecto, el agua y el fuego son dos enemigos tan colosales, y nos aventajan tan grandemente en fuerzas, que el luchar con ellos no puede menos de exigir de parte nuestra un ingenio maravilloso y un valor sobrehumano. Preciso es que la inteligencia supla á la fuerza, y la constancia á la violencia. Al primer empuje todo parece doblegarse; el azote marcha como vencedor, arrastrando tras sí á los hombres á la manera de débiles escombros que envuelve en sus ondas ó en sus llamas, aunque despues el espíritu recobra su dominio sobre la materia; el ser que piensa se sobrepone al cuerpo que obra, y la victima huye, sobrenada, salvándose como Ajax, á despecho de las fuerzas combinadas de la naturaleza. Por lo mismo en estos desastres el animal es de peor condición que el hombre, y en vano emplea su vigor y aliento: falta á sus instintos la suprema luz que Dios ha depositado en nosotros; lleno aun de todas sus fuerzas, mira acercársele la muerte sin que pueda evitarla: los ahullidos desesperados que en su última hora lanza, ni le sirven siquiera para que sus semejantes comprendan el peligro en que se encuentra, y si de alguien puede esperar socorro es únicamente del hombre. Este acudirá en seguida á salvarlo, olvidándose tal vez de su vida propia, y si no consigue arrancarlo á la muerte, habrá en su corazón para aquel un recuerdo doloroso; porque en la asociación del hombre y del animal, establecida por medio de lazos y afecciones, existe una union tal, que mas que al cálculo ó egoísmo debe atribuirse pura y simplemente al sentimiento. No se llora solamente en el mudo compañero con quien se ha vivido, su valor, sino tambien su cariño. Cuando el rey de los persas arribó á Atenas, obligando á sus habitantes á salir de la población, los perros quisieron embarcarse con ellos, y rechazados de los buques,

alborotaron las calles de la ciudad con espantosos gemidos, último homenaje que recibieron los fugitivos al abandonar sus bienes, sus mujeres, sus hijos.

La perra, que por obedecer la voz de su amo, es arrebatada por las aguas, á merced de las cuales flota en compañía de sus hijuelos, no puede ser indiferente á ninguno. Se comprende su actitud desesperada y suplicante; se oye su agudo gemido; se piensa en aquella familia en que el hijo lucha afligido con la corriente, y la madre se afana sin esperanza de salvarlo.

Pero al cabo el peligro se ha sabido, y en medio de esta desolación se oye la voz del interés y la piedad. Mirad la barca que sale de ese pueblecito medio anegado; dirigese á socorrer á los naufragos: ¿pero llegará á tiempo? Apenas se percibe otra cosa, si no que ya parecen estar sumergidos. Hé aquí una cuestion como la de Hamlet: *de vida ó muerte.*

El artista ha sido hábil, y nos ha dejado entre el temor y la esperanza, dominándonos con esa incertidumbre que á pesar nuestro suspen-
de el alma, agita el corazón, y hace fijar tenazmente la mirada.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO X

Juan Meurcio.

Al fin penetró Camocós en la estancia de la Sigea, que acababa de llegar, y que trémula, con el rostro desencajado, estaba leyendo
22 DE JUNIO DE 1851.

un papel que misteriosamente le había entregado una dama de la infanta.

Decía el papel:

«Ha sido condenado á la hoguera: ¡sálvalo en nombre de Dios!»

—Perdonad, dijo Camoens advirtiendo el gesto de enojo que hizo Luisa al verse interrumpida, es un atrevimiento seguiros; pero ya os dije que necesitó desagraviaros.

—¡Ay! respondió Luisa con amargura; no os puedo culpar, porque tal vez disputándole la presa á la inquisición le hateis evitado mayor tormento al desgraciado. Al fin es preferible morir á hierro que morir á fuego.

—¡Lléveme Dios, señora, exclamó Camoens, si entiendo una palabra de lo que decís de presa, de desgraciado, de inquisición, de hierro y de fuego. ¿A quién maté yo que así os interesa? ¿No fué á un villano?

—¡Ah, no, no es un villano el noble Enriquez! ¡Es un caballero de los buenos!

—¡Justo Dios! ¡qué decís! ¿era D. Mariano Enriquez?

—¡Plugiéase al cielo que no lo fuera!

—¡Insensato de mí, qué he hecho! gritó Camoens dando vueltas por la sala.

—Una mala acción, Camoens; acuchillar á un joven cuya sola culpa fué saltar la verja como vos.

—Teneis razon, señora, descargad sobre mí vuestro justo enojo; pero decid si es vivo ó muerto.

—Hoy podéis contarle entre los heridos, mañana entre los quemados.

—No os entiendo.

—La poca vida que vos le dejasteis pertenece ya á la inquisición.

—¿Pues qué delito ha cometido?

—Le acusan de haber adorado á una estatua.

—¡Oh! exclamó Camoens; aquí veo la mano de Juan Meurcio: de ese perverso fraile que predicó el otro día sobre el pecado de mirar á las estatuas desnudas... ¿Y creéis, señora, que será imposible salvarlo de las garras del tribunal?...

—Hablad mas quedo.

—¿No puede hacerse algo por ese infortunado joven?

—Lo meditaré.

—El infante cardenal me tiene en su gracia: iré á suplicarle.

—Antes quiero informarme bien de cuanto hay, y para esto aguardo á Juan Meurcio.

—Ya veo quemado á nuestro amigo.

—¿Por qué teneis tan mala idea del familiar?

—¿Por qué vos la teneis tan buena?

—Es amigo de mi padre.

—¿Está aquí vuestro padre?

—Está en Torras Novas, donde se ha hecho carmelita.

—Pues creedme, señora, no pidais ningun favor á Juan Meurcio.

—¿Qué mal puede haber en esto?

—Juan Meurcio os ha calumniado.

—Os engañan, Camoens. Juan Meurcio me ama como á una hermana: y aun cuando no me amase, él no sabe calumniar.

—Sois todavía mas poetisa que cortesana.

—Conservo la fé en mis amigos.

—Contadme ya entre los enemigos vuestros.

—¿Cómo?

—Yo no puedo ser vuestro amigo siéndolo Juan Meurcio.

—¿Qué mal os hizo? explicádmelo.

—La primera vez que estuve preso me dejé olvidados mis manuscritos y me los hurtó.

—Sería otro.

—Fué él... y ahora que me acuerdo, ¡voto á...! prosiguió Camoens dándose una palmada en la frente; por seguiros dejé tambien hoy mis papeles en el calabozo y ese gavilan estaba allí... vuelo á buscarlos. Adios, señora, volveré—salvaremos á nuestro amigo aunque sea entrando á cuchilladas con el tribunal.

—¡Silencio!

—¡Adios, adios!

Partió Camoens como un rayo, y se dirigió otra vez á la cárcel, precisamente cuando salía Juan Meurcio.

—Por vos he venido tan aprisa, dijo Camoens.

—Ya sé que me queréis mucho, replicó el familiar enseñándole los dientes.

—Tanto os quiero, que si, como la otra vez, no hallo mis papeles en el calabozo, os he de romper esos dientes que estais siempre enseñando como los lobos.

—En verdad, contestó el fraile con severidad, que mereciais bien el que no os entregase esos papeles. Tomad, añadió sacando un rollo de ellos; sois un loco que donde quiera dejais perdidos vuestros manuscritos, y luego os encolerizais con las buenas almas que los

recogen. Yo no sé, Camoens, por qué estais prevenido contra mí.

—¿Por qué no me devolvisteis los otros manuscritos?

—Ya os lo dije: porque me los hurtaron de mi mesa el mismo día que los recogí.

—¿Eso es cierto... no me engañais?...

Cuando un hombre con la buena fé de Camoens pregunta que si lo engañan, ya desde luego está engañado. Tienen los verdaderos poetas algo de infantil y de cándido, aun los mas amestrados en los engaños del mundo. Hay en torno de ellos una atmósfera donde se respira lo sublimado y lo bello, y toda miasma corruptora se pierde all entre los perfumes de la poesía.

En medio de la pompa con que Ferrara acogia el poema del Tasso, los cortesanos se burlaban del autor porque á todos los creia sus amigos, y mas bien que los amores fueron las perfidias la causa de su locura. Las amargas quejas de Quevedo son hijas de las decepciones que por su credulidad habia sufrido; y por lo que hace al principio de los poetas lusitanos, llevó su sencillez hasta el estremo de dar crédito á las palabras de Juan Meurcio.

—Sí, decía éste, sois muy injusto conmigo, buen poeta; pero yo os querré siempre á pesar de vuestras injusticias.

—¿Por qué calumniásteis á la Sigea?

—Otro error. Jamás mi lengua se movió en agravio de su fama.

—¿Pues y lo que se cuenta del libro latino?

—Rumores del vulgo.

Camoens miró todavía á Juan Meurcio con gran fijeza para ver si podia penetrar en lo íntimo de su pensamiento, y el fraile sostuvo su mirada con sereno y blando rostro.

Entonces Camoens le tendió la mano y exclamó con brusca alegría:

—¡Vive Dios! que me he equivocado y que os he ofendido diciéndo-
le á la Sigea que sois un perverso y enemigo suyo... pero ¡ah! otra cosa: ¿no habeis tenido parte en la delacion de Enriquez?

—¿De Enriquez, de ese buen muchacho? ¡pues si le quiero tanto como á vos!

—Corriente, estoy satisfecho. Mi espada (añadió el poeta dándose un golpe en la cadera) es... no la traigo ahora, pero no importa, voy á recobrarla, está á vuestra disposición para cualquier lance.

—Gracias, Camoens, á nadie aborrezco y perdono á todos mis enemigos.

—Por si acaso, quedad con Dios.

—El os guie.

Tenia Juan Meurcio treinta años. Todos los pintores se han empeñado en pintar á los diablos feos; pero el retratista de Juan Meurcio no hubiera podido menos de pintar un diablo bonito si se hubiese decidido á hacer su retrato.

La tez de Juan Meurcio era blanca y trasparente, los ojos grandes aunque un poco saltones, su boca pequeña y en estremo graciosa presentaba continuamente dos hileras de huesos blancos como los de un perro, aunque á Camoens le habian parecido de lobo.

En su rostro no se leia nada de lo que pasaba en su alma. Sereno, frio, inmutable como la superficie de una laguna helada, no daba mas señal de estar animado que por el movimiento de su boca cuando hablaba. Despues que guardaba silencio volvía á parecer una cabeza de piedra con ojos de vidrio. Hasta en la blancura de su frente se advertía algo de cadavérico, y en lo azulado de sus sienas un no sé qué de infernal. No parecía una cabeza llena de sangre, sino de aire y de azufre. A pesar de ser como dijimos un rostro bonito, los niños huían de él.

Por su parte Juan Meurcio era insensible á los afectos, y solo habia tenido en su vida una pasión que mas tarde se convirtió en odio. Esta fué por Luisa Sigea cuando vivía en Toledo, y á la cual pidió por esposa apenas cumplió los diez y seis años. Pero ya dijimos que los niños huían de él, y Luisa era una niña. Sin aborrecerle sentía un secreto disgusto con su presencia, y se negó obstinadamente á satisfacer el deseo de su padre, que pretendía desposarla con Juan Meurcio. Ya habia estado la Sigea en Lisboa, adonde se educó con su hermana Angela, y manifestó la voluntad con que entraria de nuevo al servicio de la infanta; pero Diego Sigea, su padre, no accedió por entonces á ello para castigarla de su rebeldía. En tres años que permaneció Juan Meurcio en Toledo apuró todos los recursos de su carácter para lograr el amor de la poetisa; pero todo fué en vano, y lleno de despecho, exaltado por la bilis, ciego de soberbia, tomó el partido de hacerse fraile y marchó á Lisboa.

Diez años pasaron hasta que Luisa Sigea volvió al servicio de la infanta y que sucedieron las cosas que vamos narrando.

Si analizamos el sentimiento que impulsaba á Juan Meurcio á tomar por esposa á la Sigea, no descubriremos tal vez el del amor, si no el de un empeño tiránico por esclavizar una inteligencia de mujer que reconocía superior á la suya y á la de muchos hombres estimados por poetas y respetados por doctos. Fuerza es confesarlo: la envidia es

uno de los defectos que entre otros muchos han atribuido los hombres exclusivamente al bello sexo para aliviarse de los que abrumaban su condicion; pero que les es tan peculiar como la soberbia, como la ambicion y como el egoismo. De la envidia procede esa guerra sorda que las medianías han hecho en todos tiempos á las escritoras, y de la envidia procede esa resistencia tenaz á concederles la palma que su talento conquista. Ya lo hemos dicho: hay una secta de hombres implacables que con su odio colectivo á todas las mujeres ilustres antiguas y modernas, se han armado de la sátira, del desprecio y de la calumnia para perseguirlas. A esa secta pertenecía Juan Meurcio. Para que Juan Meurcio perdonase á Luisa Sigea la osadía de haber nacido con mas talento que él, era preciso que le aceptase por dueño y mentor. El hubiera detenido el vuelo de su inteligencia, hubiera destruido las flores de su poesia, hubiera llenado su conciencia de preocupaciones para hacerla tímida, humilde y medrosa, y garantizar su obediencia hasta que la convirtiera en una beata estúpida del siglo XVI. En uno de aquellos monstruos que asistían á los autos de fe; que se recreaban con el espectáculo de las victimas, y que despues de todo se llamaban cristianas.

No habia nacido el generoso corazon de Luisa Sigea para gozar con la barbarie de semejantes fiestas, y una de las primeras obras que escribió, y que fué hurtada y reducida á cenizas por Juan Meurcio, la consagró su tierna autora *«al consuelo de los infelices que gimen en la inquisicion.»*

Tales eran pues los antecedentes que habia en la amistad de Luisa Sigea y Juan Meurcio, y es en verdad incomprendible como la maestra de latin se hacia la ilusion de creer en el buen afecto que fingia profesarla el fraile, si no fuese que, de la misma manera que á Luis de Camoens, le engañaba su buena fé y natural candidez de poeta.

Pero volviendo á los hechos y dejando para otro rato las digresiones, así que el familiar se separó de Camoens tomó el camino de palacio y se dirigió al departamento de la infanta, murmurando entre dientes unas palabras latinas que acostumbraba él á decir siempre que iba á cometer alguna accion inicua.

CAPITULO XI.

El Azor.

Tan pronto como Luis de Camoens pudo recobrar su espada volvió á ver á Luisa Sigea.

—¿Ha venido Juan Meurcio? la preguntó.

—No, Camoens, y estoy en extremo inquieta.

—Sabed, señora, que tengo que rectificar lo que os dije esta mañana acerca de ese pobre fraile. Ma ha dado los papeles que me dejó en el calabozo, me ha asegurado que los otros no me los devolvió porque se los hurtaron, y en fin, se ha sorprendido cuando le dije que os habia calumniado. En sus palabras, en su tono, en su expresion he conocido que está inocente, así como que no ha tenido parte en la delacion de Enriquez. Le he tendido mi mano y hemos quedado amigos.

—Me alegro mucho, Camoens.

—Pero lo que no entiendo es que nos pueda servir mucho para el asunto de nuestro D. Mariano.

—Yo no quiero sino saber el estado que ocupa. Sé que ha sido condenado á la hoguera, pero ignoro cuándo se ha de cumplir la sentencia.

—Pues de eso yo me informaré.

—¿Y si dais que sospechar?...

—Tanto peor para los sospechadores, que tendran que seguirme las huellas.

—Temo mucho, Camoens, que os armen una celada.

—No temais nada, señora.

—Si como creo se retarda la ejecucion hasta que el herido se restablezca, puedo realizar el pensamiento que he concebido para salvarle.

—Supongo que contareis conmigo.

—Vos partís á la India.

—No, señora, ya os he dicho que no parto.

—Mal dicho: debéis partir.

—Por Dios que teneis grande empeño en lanzarme en brazos de Neptuno.

—El rey os ha concedido el perdon en la inteligencia de que marchareis al instante.

—Yo he salido de la prision sin condiciones, y antes que aceptar una, volveré á entrar en ella.

—Mal correspondéis, Camoens, al desvelo de vuestra dama.

—Catalina no puede desear que parta.

—Catalina teme que os quedeis.

—Sea como quiera, señora, yo no parto hasta que salvemos á nuestro amigo.

—¡Ay!

—Esplicadme vuestros proyectos y fiad á mi el cuidado de cumplirlos.

—Oid Camoens.... Pero antes ved si nos escuchan y cerrad bien esa puerta.

Levantóse Camoens haciendo como siempre resonar el pavimento con su firme planta y abrió y cerró la puerta con tan récio empuje que retumbaron las bóvedas. Hecho esto ocupó un asiento cerca de la poetisa, y prestó atencion á sus palabras, que fueron las siguientes:

—La sola idea de salvar del fuego, adonde es condenado, á un reo de la inquisicion, es de suyo tan atrevida que se necesita, Camoens, el aliento de una mujer que ama para darle acogida en su mente. Cual es el poder del tribunal, digalo Portugal, digalo España. Paulo III no ha sido poderoso á salvar á un italiano condenado por herege en los dominios de España, y el inquisidor general de estos reinos, el infante cardenal don Enrique ha presenciado el suplicio de uno de los amigos mas queridos de su corazon. ¿Quién osa acercarse á ese volcan que no caiga envuelto por su ardiente lava? Los reinos espantados con el siniestro reflejo de sus llamas perpétuas están siempre aguardando la erupcion que ha de reducirlos á cenizas.... Los reyes temerosos sienten el calor del incendio que llega hasta sus coronas.... Pero hay un gigante entre estos reyes á cuya frente no puede alcanzar chispa alguna que salga de la tierra, porque como el mismo Vulcano baja á la region del fuego y empuña los rayos que libra despues á los mortales.

—Carlos V.

—Carlos V, sí, él solo, él solo es mas poderoso que la inquisicion. Si él quiere apagar una hoguera encendida para un auto de fe, no tiene sino derramar sobre ella el agua de su régia copa; si quiere salvar á un reo, sobra con que le tienda la punta de su manto imperial. Para que todos los frailes del mundo huyan despavoridos, basta un grito del emperador. Todas las coronas están bajo su corona, todos los cetros están bajo su cetro, todas las voluntades están bajo su voluntad.

Quince años ha vi yo á Carlos V en una de las torres del alcazar de Toledo. Su frente desnuda brillaba al sol como de plata. Tenia los brazos cruzados y estaba inmóvil mirando al Tajo. Yo en una azotea inmediata me entretenia en hacer ensayar el vuelo á un azor muy jóven que cojió mi padre en el nido, cuando de repente el pájaro remontó el vuelo y en vez de volver á mis brazos, como acostumbraba, se perdió en los aires. Mis gemidos distrajeran al emperador: yo lloraba, levantaba los brazos al cielo, y llamaba al pájaro fugitivo. Poco tardé en verle que descendia, y ya me iba consolando, cuando advierto que luere su giro y que va á caer en el alcazar. En efecto, cayó en uno de sus patios, y yo, sin decir nada á mi madre, me dirigí al alcazar.

Los guardias no querian dejarme entrar, pero tanto insistí que pude penetrar hasta el primer patio. Busqué al azor y no le hallé. Entré en el segundo con menos dificultad y tampoco estaba el azor. Entonces subí la gran escalera, donde me opusieron una resistencia débil creyéndome, sin duda, hija de algun sirviente de palacio, y por último, atravesé las galerias y me coloqué en el fondo de una sala cuadrada cuyo pavimento era de mosaico. Allí estuve un gran espacio de tiempo hasta que vi pasar á una multitud de cortesanos que me miraban con estrañeza y murmuraban entre sí, y los cuales se iban colocando en dos hileras. Iba á esconderme detrás de uno de ellos, pero un gentil-hombre me cojió por el brazo y me hizo salir hasta las galerias. Yo entonces rompí á llorar pidiendo mi azor que habia caído en el alcazar; pero sin atender á mi llanto me hicieron retroceder todo el camino adelantado, y al fin, me vi fuera del alcazar y sin el azor.

—¿Y os volvisteis á casa?

—Eso hubiera hecho otra criatura mas prudente y menos obstinada que yo, pero lejos de eso me senté en una de las gradas del alcazar y á cada uno de los que salian le demandaba por el azor.

Una hora estuve molestando la atencion de los cortesanos, hasta que resonaron cajas y trompetas, la guardia se puso en movimiento y salió el emperador. Yo le conocia de verle pasar todos los dias por nuestra calle, y lejos de inspirarme temor su imponente majestad, le profesaba un cariño instintivo. Así como le divisé, me puse delante y le pedí el azor. Al principio no me comprendia, pero cuando repetí que queria mi azor que habia caído en el alcazar, dijo:

—Si, sí, ya he oido como gritabas desde tu azotea, pero no he visto al azor sino en los aires.

—Cayó en el patio, repliqué.

—Pues si está en el alcazar te lo devolveremos. ¿Cómo te llamas?

—Luisa Sigea.

—¿Has venido tú sola á buscar al azor?

—Yo sola.

—¿Me conoces?

—El Cesar.

—¿Te lo han dicho ahora, ó lo sabias antes?

—Lo sé desde que nací. He escrito ese nombre muchas veces.

—¿Tú!

—Yo.

- ¿Pues por qué lo escribes?
 — Porque escribo en latín la historia del Cesar.
 — ¿Que sabes latín!..
 — Sí.
 — ¿Que escribes mi historia!..
 — Sí.
 — ¿Qué maestros tienes?
 — Mi padre.
 — ¡Bravo!... yo quiero leer esa historia. Supongo que hablarás bien de mí.
 — Bien y mal.
 — ¿Cómo!
 — Defiendo á los comuneros.
 — ¡Vive Dios!
 — Y culpo al Cesar de los abusos de la inquisición.
 — ¡Cristura! ¿cuántos años tienes?
 — Diez.
 — Tráteme esa historia mañana mismo.
 — ¿Me dejarán entrar?
 — Diciendo tu nombre.

Así empezaron mis relaciones con el Cesar. Es inútil decirlo que recobré el azor; que presenté á Carlos V su historia y que empecé á merecer su gracia. Dió á mi padre un empleo en el alcázar, y á mi hermana Ángela y á mí nos envió á Lisboa al servicio de la infanta, donde estuvimos cinco años, hasta que una grave enfermedad de nuestro padre nos obligó á volver á Toledo. La memoria del Cesar, siempre fiel para recordar á aquellos á quienes dá palabra de proteger, no ha cesado de darme lisongeras muestras de favor. A él he debido el ser admitida por segunda vez en esta corte, y de él espero la salvación del desgraciado reo.

Tomó aliento Luisa Sigea para continuar, y Camoens, que no se

había atrevido á interrumpirla, se aprovechó de esta pausa para exclamar:

— ¡Oh divina poetisa! Cómo desde la infancia se reveló en vos la grandeza de vuestro talento. ¡Cuánto hubiera yo dado por veros frente á frente del Cesar pidiéndole el azor y entablando con él la donosa plática que merecía pasar á la posteridad!...

— El Cesar, prosiguió la Sigea sin darse por entendida de los elogios de Camoens, está en Africa y ya le tengo escrito para que interponga su poder omnimodo con la corte portuguesa reclamando á don Mariano Enriquez como vasallo suyo..

— De esa carta yo seré el portador.

— ¿Vos ireis á Africa, Camoens?

— ¿No hay guerra en Africa?

— Dragut aparece en la costa.

— Basta. Suspendo mi viage á la India y parto á Africa.

— ¡Oh, Camoens, no! es muy arriesgado acercarse ahora al estrecho.

— Por eso no me duele abandonar el proyecto de ir á la India. Hoy me alisto de soldado en las tropas portuguesas que se embarcan para Cádiz. Si no me ahogo ó me matan, antes de un mes estoy de vuelta.

— ¡Un mes!

— Es verdad. Pueden haberlo quemado.

— ¡Ah!

— Pero como la herida que yo abrí en su cuerpo debió ser honda, y no se puede ejecutar la sentencia de un reo mientras esté enfermo... en fin, haremos lo que podamos. Dadme la carta y adios.

— No sé si debo acceder...

— Presto, señora, presto. Los instantes son preciosos.

— Tomad, Camoens, y Dios os guie.

— El os guarde, señora.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.



(Toledo.—Una de las ventanas del claustro de S. Juan de los Reyes.)

LA VERBENA.

Nada más general ni bullicioso que esta fiesta; nada tampoco más variado según las costumbres de los países. Una sola, sin embargo, la común á todos los pueblos: la *verbena de San Juan*; en unas partes se celebra rústicamente, por decirlo así, como en Castilla; en otras más cultamente como en Andalucía y Vizcaya; en otras es una verdadera feria, y en todas ofrece pasto abundante á los recuerdos, preocupaciones y alegrías populares. En España, si bien la *verbena de San Juan*, como la primitiva, es la más celebrada, ha sido tan generalmente admitida, y ha tomado tal incremento, que se ha multiplicado á todas las festividades de celebridad. Efectivamente, en las principales capitales, además de las *verbenas de S. Juan y S. Pedro*, se repiten en las festividades de Santiago y las de la Virgen del Carmen, de la Asunción y de la Natividad; en Madrid empiezan con S. Antonio, S. Juan y S. Pedro, y siguen las del Carmen y Porciúncula, que son un recuerdo de aquellas. Convienen todas en que se celebren la víspera de la festividad, que compone su mas principal y esencial parte la floricultura, y que solamente se suelen vender comestibles y no otros objetos como en las romerías y ferias. Aunque en el día hayan casi degenerado en bacanales, la fé y el amor á la agricultura fueron su origen. Sabido es que el fervor religioso de los países católicos en la edad media fué fecundo en hermanar con sus creencias la celebración de sus festividades civiles, industriales y populares. Las fiestas que antiguamente se dedicaban á Ceres, Cibele, Pomona y otras deidades rindiéndolas las primicias de los frutos á que la mitología las consagraba, las dedicaron justamente á los santos más dignos y celebrados en cada país, cuya celebración concurría con la época en que los frutos rendían su producción. De aquí es que las *verbenas caen siempre en la madurez de la primavera ó en el estío*, cuando la floricultura presenta lozanamente sus producciones, y de aquí es que se designe esta celebración con la frase de *coger la verbena*, llamada también grama ó planta sagrada para la multitud de remedios para que se emplea, y que por criarse en los puntos más áridos, por su manera y forma de crecer y desarrollarse, y por sus propiedades sirve también de emblema de los encantos, adivinaciones y reconciliación de los ánimos. En los pueblos cercanos á colinas áridas y pedregosas, pero próximas á ríos, arroyos ó mar, que es donde más se encuentra, tenían de muy antiguo la costumbre de ir á cogerla en las noches de Junio, en que está en sazón, y que posteriormente se asignó á la festividad de S. Juan mezclando con las tradiciones profanas, que pululaban, las religiosas que les dieron más consistencia, constituyéndolas en una función cívica y de esplayación popular. En un principio servía la *verbena* que se cogía para adivinar las fortunas ó desgracias, que explotaban los agoreros, adivinos y gitanas, el éxito de los amores, las fidelidades conyugales, y hasta la curación de enfermedades. Oigamos sobre este punto al famoso Aimé Martin en su *lenguaje de las flores*: Los antiguos, dice, atribuían á la *verbena* un gran número de sus propiedades; los agoreros se adornaban con la *verbena*; los heraldos iban precedidos de su jefe que era portador de la *verbena*; los druidas tenían tal veneración á esta planta, que no la cogían, sin hacer antes un sacrificio á la tierra: los magos, al adorar al sol, tenían en sus manos ramas de *verbena*; Venus victoriosa era revestida de una corona de mirtos entrelazados con *verbenas*. En Alemania se da un sombrero de *verbena* á los recién casados, significando la protección que aquella planta les ha de prodigar en lo sucesivo. En las provincias del norte los pastores hacen la recolección de esta prodigiosa planta con ceremonias y solemnidades enfáticas, esprimiendo su jugo á ciertas fases de la luna, dejando las que no se abren á cara de esta, y arrancando la que enrojece. Hacen uso de aquellos jugos para atraer, dar celos, ó encolerizar á sus amadas, para saber si les son leales, si han de casarse ó no, y si serán ó no fecundas. Guardan también la planta para curarlas, si se ponen malas, y si lo logran es un *agüero muy favorable para ellos, para sus rebaños y en general para su sucesiva fortuna*. La *verbena*, en fin, les da imperio sobre el corazón de sus pastoras, sobre todo si tienen edades semejantes.

En nuestras provincias de Andalucía, Murcia, Valencia y Castilla, que todavía rinden un tanto de recuerdos á las divinizaciones, duendes y encantamientos que formaban las leyendas de los siglos medios en que se compartían el dominio de Europa los milagros y las hazañas caballerescas, se oyen en el día mismo probanzas sacadas del reflejo del sol sobre el agua á tal hora del día de S. Juan, predestinaciones de tal ó cual clase, según se halle la *verbena* ó otra planta ó falta de esta, la víspera de aquel día en tal ó cual sitio, á cual más ridiculos, y otros hechos que eran alimentados por la creencia de pocos, por la explotación de otros, por la curiosidad de algunos y por la diversion de los mas, de que deducían las mismas consecuencias que los antiguos sacaban de la *verbena*.

En los pueblos en que esta festividad se celebra, que en España es en los mas, especialmente en los que celebran al santo titular de alguna iglesia, parroquia ó establecimiento, suelen encenderse luminarias ó hogueras, divertirse en danzas y bailes propios del país, adornar las casas, calles y personas con flores y yerbas, y tener por las tardes corridas de novillos, ó otras diversiones tan comunes como estas. Pero en algunas capitales es digna de mención esta festividad.

En Barcelona se pierde desde el tiempo del paganismo el origen de su celebración en términos parecidos á la de Madrid. Antes de estar amurallada, iba la multitud á *coger la verbena* la víspera del santo precursor á los campos que circundan la ciudad, en que hacían su recolección, y con ella y demás plantas y flores, que al mismo tiempo traían, se reunían en las praderas que ahora se han convertido en vergeles que hermosean los alrededores del bello camino de Gracia. Después constituyeron el centro de la festividad en el paseo Nuevo ó de S. Juan, bajo cuyas verdes enramadas, junto á sus hermosos estanques y en sus numerosos poyos, se acampa la multitud en comparsas de músicas y danzantes, círculos de cantores de todas especies y alegres parejas que salen y entran en aquel paseo, y después de recorrer las calles de la ciudad tornan á aquel centro á buscar su *buenaventura*, que no todos hallan, ni muchos quieren. Al amanecer, en que se abren las puertas de la ciudad, todo aquel gentío sale á solazarse á los bellos campos y jardines de las afueras, en que cuando empieza á calentar el sol concluyen su algazara brindando en honor de la fiesta y restituyéndose tranquilos y macilentos á sus hogares.

La descripción de las fiestas de S. Juan en Valencia necesitaría por sí sola un artículo mayor que el presente, y difícilmente conseguiría pintar la alegría de aquel pueblo en semejante día, pues á cada tutelar de iglesia ó santo del nombre de la calle ó plaza, todos los vecinos que habitan en su recinto cuelgan sus portales, ventanas y balcones, los iluminan y escotan para música, dulces, frutas, flores, y bailes, á todo lo cual convidan á sus parientes y amigos. ¿Cuánto mas será en el día de S. Juan, al que de antiguo dedicó su devoción una ermita extramuros de la ciudad, en que ampliada esta se construyó la actual parroquia de los Santos Juanes? Pocas ciudades conservarán tradiciones de mas antigüedad, siendo quizá la mayor la adoración de diosas fatídicas ó adivinas, de que se vé un monumento de mármol negro de cinco pies de largo y tres de ancho, sito en la casa del Chantre, plaza de la Almoína, número 4, entre las piedras sillares que forman la cárcel de S. Vicente, y que representan tres de aquellas diosas que adoraron los celtas y celtiberos, con coronas en su cabeza de siete radios de relieve, y corbatas al cuello, también de relieve, representando aquellos los siete planetas, y estas la autoridad de que estaban revestidas, leyéndose entre ellas la dedicatoria que las hacia Quinto Fabio. Aunque se ignora el culto que estas recibiesen, no sería extraño que les estuviese dedicado algun templo, cuando consta que habia ocho consagrados á los dioses gentiles, del que lo era á Diana el que ahora es catedral, que fueron también mezquitas en tiempo de la conquista, y que al ser recuperada la ciudad se hendiéron y constituyeron en iglesias. Esa adición á las divinizaciones, que es la diversion de la plebe, no tiene límites en aquella noche en que se hacen pruebas poniendo agua á la faz de la luna, colocando rosas y claveles en ciertos lugares, y haciendo otros experimentos que según lo que á meha noche suceda, se vaticina de distintos modos. La feligresía de la parroquia de los Santos Juanes, llena de luminarias, colgaduras, flores, músicas y bailes, y muchos de los jardines que circundan la ciudad, son alegremente ocupados toda la noche por gran parte de la población de Valencia, feliz en poseer aquel país de aromas y de fragancia, que con razon es llamado el jardín de España.

También Andalucía paga tributo á esta festividad. En Granada, apenas el sol sombrea el horizonte en la víspera de S. Juan, multitud de parejas, cuadrillas y paseantes cubren las orillas del Genil, animados por las bandurrias, repique de castañuelas, platillos y compasadas palmas que embellecen las frondosas alamedas y espesos jardines rodeados de faroles y fogatas que circundan la preciosa fuente de labores estrañas cuajada de vasos de diversos y combinados colores formando lindísimos juegos, y teniendo al frente el *Lavadero de las Negras*, que ha dado motivo á varias leyendas del país. Por horas va creciendo la algazara, músicas, bailes y diversiones, hasta las doce, en que todos corren á bañar su rostro y cabellos en las aguas que riegan las alamedas, los amantes coronan de ramos y frutas las ventanas y puertas de sus amadas, las doncellas buscan el presagio de sus esperanzas en las hojas de las rosas, las esposas quieren leer en las marejadas de las olas la suerte de sus esposos ausentes, los niños siembran para cojer al amanecer, cuajan las alamedas, crece la albahaca, se oyen los gemidos del Moro, se vé encendido el *carro del Sol*, las bondinas, las hadas, los fantasmas, y los encantamientos salen de sus jardines, palacios, castillos y cavernas á desfacer los agravios que allí les encerraron mal de su grado, y á prestar sus servicios

á los fatídicos mortales que imploren su poder, gracia ó auxilio.

Poco á poco se va aclarando aquel campo sembrado de parejas, círculos, músicas y danzas; los unos se retiran alegres y bulliciosos; otros místicos y chasqueados; las doncellas sin mas fé ni esperanza que la que llevarán; los crédulos y niños formando cálculos sobre los pronósticos, y la multitud ansiosa de recuperarse del cansancio. A las dos se va sosegando aquel tumultuoso gentío, y á las tres son contados los que todavía gozan de la *verbena*, permaneciendo solo al despuntar la aurora los que no habían quedado en estado de volver por el sueño, ó por la crápula.

Sevilla ofrece á esta festividad, como á casi todas las principales, los frutos de su delicioso y feraz suelo y de su apacible clima, que contribuye á que aquellas noches sean mas celebradas, alegres y bulliciosas. Las fiestas religiosas, que allí son las primeras, rinden su culto á los Santos Apóstoles en sus respectivos días en sus parroquias de San Juan Bautista, vulgo de la Palma, cuya plazuela se halla rodeada la víspera y día del titular, de flores, yerbas, santos y gentes que antes de la velada visitan aquellas iglesias; y en la de San Pedro, en cuyo día se repite igual celebridad. Mas donde se presenta pintoresca aquella velada es en la *Alameda de Hércules*, cuyas avenidas, desde la ancha y hermosa calle de Teodosio, y plaza del cuartel de artillería, forman hileras de puestos simétricos cubiertos de lienzos blancos y colgando delante de ellos candelones que hacen desde lejos una visual encantadora y que á los paseantes prestan alegría y distracción. No solo flores y frutas, sino toda clase de confituras y dulces, turrónes, santos, figuras, juguetes de niños y otros objetos propios del país ocupan aquellos limpios y fragantes puestos, cuyos vendedores con su gracia y gritería sostienen la algazara toda la noche; en último término colocan sus círculos con bancos y calderas de buñuelos las gitanas, desde donde principian las comparsas y reuniones de baile, música y diversiones que se extienden por ambos anchurosos paseos de la bella alameda hermoçada con sus seis fuentes y sus cuatro columnas romanas. La puerta de S. Juan y muelle viejo, y las orillas del Guadalquivir ofrecen aquella noche variada y constante diversion á todas las clases del pueblo. De otra especie es la que todo el día se celebra en S. Juan de Aznalfarache, cuyo convento y parroquia del pueblecito de su nombre, situado un cuarto legua de Triana en un cerro desde el que se divisa toda la campiña sevillana, multitud de pueblos y la ribera del Betis, son visitados por los habitantes de la ciudad y pueblos comarcanos, en términos, que ni en el pueblo, ni en las muchísimas casas de campo y cortijos que le rodean y que se prolongan por la colina de Gelves, caben las gentes y tienen que acamparse en los jardines, huertos y alamedas que le circundan. Desearíamos poderlos detener á describir esta romería que es muy frecuente en S. Juan de Alfaraque, y que solo los que la han gozado, pueden comprender por qué no se sujeta á los límites de una descripción por lata que fuese.

La villa de Madrid era ya aficionada á *coger la verbena* desde tiempo de los sarracenos, pues consta que en el siglo XI ya se celebraba esta festividad en los campos que median desde las alturas del Retiro actual, hasta donde despues estuvo lo ermita de Nuestra Señora de Atocha, hoy monasterio é iglesia y casa de inválidos. Siguió ampliándose por los sitios en que ahora se halla la ermita del Anjel hasta donde hoy se vé la fuente de la Alcaçofa. Pero al formarse el hermoso paseo del Prado de S. Gerónimo, que se fué ampliando hasta los estremos de las puertas de Atocha y Recoletos, es claro que habia de bajar la reunion de gentes para celebrar la *verbena* á aquel frondoso y gran paseo, que desde entonces, y especialmente el salon del Prado, está en posesion de dichas fiestas. Esto no quitaba que de día fuesen realmente á *coger la verbena* á los sotos de Migas Calientes y del Corregidor, asi como á toda la ribera del Manzanares, en que frecuentemente suelen festejarse los madrileños á poco motivo que tengan de satisfaccion.

Mas tampoco era esta la única diversion de aquellos días, pues tambien tuvieron entonces, y hasta hace poco, la festividad de la parroquia de S. Juan, que hoy celebran en la mayor parte de las demas, y su velada, como en las poblaciones referidas anteriormente.

En Madrid deben distinguirse las dos partes en que se divide esta festividad, especialmente en los días de S. Juan y S. Pedro, á saber, el mercado de flores dentro de la poblacion y la *verbena* en aquellas noches, porque de tiempo muy antiguo se formaba un paseo alrededor de la parroquia de S. Juan, que no hemos conocido y venia á estar á espaldas de la actual de Santiago, á la que se halla reunida, y se rodeaba de puestos de flores y santos de barro, que permanecian hasta cerrarse la iglesia titular, y que por el derribo de ésta quedó reducida al ámbito de la plazuela de Sta. Cruz y calles que la circundan, en que se colocaban aquellos puestos de flores, plantas, yerbas, santos y bollos y otros comestibles, hasta que recibió en nuestra época mayor amplitud por la plaza de la Constitucion, y algunos años tambien en la del Progreso. Este mercado de flores, llamémosle asi,

fué en todos tiempos como ahora la reunion de los devotos que iban ó salian de la iglesia á festejar al santo, de los niños á quienes llevaban por la tarde á comprar flores y golosinas, y al anochecer de la gente bulliciosa que paseaba por curiosidad, por obsequiar á sus familias ó conocimientos, ó por divertirse en aquella concurrencia tan numerosa como apretada, tan divertida como bulliciosa. ¡Qué de empellones, roturas, pisotones y otros lances variados se encuentran, ó quizá se buscan, en las frecuentes y repentinas oleadas de gentes que pasean entre las estrechas calles de flores y de plantas! ¡A cuántas escenas no dá lugar esta tumultuosa reunion que no pocas veces acaba como el rosario de la Aurora? Su mejor y mas divertida perspectiva se presenta por la noche con la diversa y múltiple variacion de luces de todas clases y tamaños que alumbran los puestos, que suelen obstruir fácilmente los concurrentes hasta quedar estacionados y en prensa sin poderse mover ni atrás ni adelante. Las voces de los vendedores, la gritería de los chicos, los ayes de las apretadas, los dierterios sonoros de las fruterías, y el ruido y alboroto de los paseantes, forman un contraste atronador con los repiques de las campanas, cuya confusion recuerda el de la torre de Babel. Todo esto, empero, ha terminado ya á las once de la noche para dar lugar á otra escena mas bulliciosa y variada, á una verdadera bacanal, que es lo que vulgarmente se llama *coger la verbena*, y es la segunda parte de esta festividad.

El Prado antiguo de San Gerónimo es desde su formacion en el que los madrileños cogen la *verbena de San Juan*, y cuyo salon sirve de centro de reunion en aquella noche de músicas, danzas y bacanales. Los que vienen del mercado de flores, escamados de las apreturas que allí han sufrido, acaban por pasearse tranquilamente en el delicioso Prado, y constituyen la primera escena de aquella noche que solo en la concurrencia se distinguiria de las demas y que no indica hasta las once de ella la confusion de que va á ser teatro. Desde esta van creciendo las gentes y comparsas que desembocan en el Prado: unos con músicas, otros con guitarras, flautas, violines, panderetas y castañuelas; algunas comparsas con bandera, globos ó faroles de mil colores é inscripciones alusivas, y muchas parejas graves ó placenteras. Se rodea el salon del Prado de puestos de flores, frutas, comestibles, licores, buñuelos y otras mercaderías, que si bien de agradable conjunto forman un *potpurri* indescriptible y hacen dudar que aquel haya sido á otra hora el paseo comun de la elegancia, del gusto y del buen tono. A la una de la noche es el Prado otra torre de Babel en que los círculos de bailes, el tropel de las comparsas, la gritería de los vendedores, y el atropellamiento de las gentes hacen huir de aquel laberinto á los mas formales dejando á los del *bronce* posesionados del campo y diseminadas algunas familias *sui generis* por el botánico ó paseos de Recoletos. Empezaba entonces á desocuparse el Prado y poco á poco se retiraban las comparsas y músicos, no sin recorrer antes las calles principales y los barrios en que habitan, llevando por todas partes aquella noche la alegría, el ruido y la algazara. Todavía otros madrugadores que no han velado, vienen á gozar despues de amanecido de los restos de la bacanal en el salon del Prado, y otros mas cómodos y dormilones van á celebrarla al mercado de flores, como la víspera, donde aunque en menor escala se reproduce la escena de la tarde y noche anteriores.

Tales son las veladas de los santos Apóstoles en que á la manera del Carnaval parece que vuelven á perder el juicio los mortales, y transigiendo con los encantos, algazara y preocupaciones, sacan partido de todo, solozan el ánimo y olvidan los pesares y trabajos del mundo.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

UN HOMBRE INDEPENDIENTE.

Yo soy el hombre feliz
que con un tranquilo gozo,
mi independencia proclamo
á la faz del mundo todo.

No tengo males ni penas,
ni enemigos ni patronos,
ni chicos que me den quejas,
ni grandes que me den oro;

Ni parientes que me pidan,
ni esperanzas de mortuorios,
ni deudas que me desvelen,
ni litigo bienes de otros.

Tengo los que á mi deseo
le bastan para su colmo,

y los tengo bien tenidos
por derecho pátrio y propio.

No me ha obligado á escribir
la *sacra fames* del oro,
si no un tintero maldito
que no sabe criar moño.

No cuento entre mis vecinos
ni entusiastas, ni envidiosos;
soy conocido de muchos,
mas son mis amigos pocos.

No frecuento los salones
del magnate poderoso,
ni obligo á que en mi antesala
aguarden humildes otros.

No recibo del poder
participacion ni voto,
y de la tesorería
hasta hoy el camino ignoro.

No me obligan compromisos
á la opinion de los otros:
tengo y sostengo la mia,
pero la sostengo solo.

De los partidos políticos
no sé los planes recónditos,
ni en los periódicos leo
sus artículos de fondo.

Doy por buena su doctrina
y argumentos hiperbólicos;
pero yo guardo la mia
para mi servicio propio.

No me envenena la bilis
el mirar á mas de un tonto
gobernando una provincia
ó en Madrid nadando en oro.

Nunca interrumpo mi sueño
de un ministro el ceño torvo,
y si le encuentro en la calle
hago que no le conozco;

Todos fueron mis amigos
y mis compañeros todos;
yo me quedé en la luneta,
ellos saltaron al foro.

No les envidio el papel;
porque pienso que es mas cómodo
ser espectador con muchos
que espectáculo de todos.

No sé por dónde se vá
á los favores del trono,
ni en mi modesto vestido
brillan la plata ni el oro.

Las veneras y entorchados
de que andan cargados otros,
me parecen propios de ellos
como de mí... mis anteojos.

Soy en fin, independiente
de hecho y tambien de propósito,
sin compromisos ajenos,
y hasta sin deseos propios.

Pero en medio de esta dicha
que me hiciera vivir horro,
no sé que sino fatal
me hace depender de todos.

No hay junta ni sociedad
que no me honre con su voto
para trabajar de valde
en los públicos negocios.

Se instalan cuatro vecinos
honrados y filantrópicos
para fundar una escuela
ó una caja de socorros;

Pues me nombran secretario
sin sueldo, pero con voto,
y me envían los papeles
para hacer los monitorios.

Se trata de algun proyecto
de asociacion, de periódico,
de mejora material,
de instituto filantrópico;

—«Estienda usted, don Ramon,
ese informito de á folio,
ó forme usted el reglamento
que han de discutir los sócios.»—

No hay un cargo concejil
para el que no me hallen propio,
ni expediente del comun
que no venga á mi escritorio.

No hay reunion literaria
que no me cuente por sócio,
no hay duro que no me pidan
ni trabajo que no tomo.

Usufructuario de nada,
soy honorario de todo;
figuro en cartas de pago,
nunca en nóminas de cobro.

—«Usted que está tan holgado
(me dice don Celedonio)
¿quiere usted ser mi *hombre bueno*
para un juicio de despojo?»

—«Usted que es tan complaciente,
tan servicial y tan propio,
sea usted tutor, albacea
de este, de aquel ó del otro.»—

No hay autor que no me lea
sus manuscritos narcóticos,
ni periódico valdío
que no cuente con mi apoyo;

Ni *album* de uno y otro sexo
que no me demande un trovo,
ni litigante hablador
que no me envoque el negocio.

Huyendo ser publicista
soy público de los otros,
y para no ser electo
tengo que darles mi voto.

A trueque de este derecho
imprescriptible, sonoro,
y en pago al servicio ageno,
y en pena de bienes propios,

Recibo de la intendencia
los apremios amorosos
trimestrales, pagaderos
á la órden del tesoro.

Con esta vida feliz,
con este afán infructuoso,
todos me tienen envidia,
yo me compadezco solo.

Hay quien me cree discreto;
otros me juzgan un porro;
unos dicen: «¡qué buen hombre!»
otros responden: «¡qué tonto!»

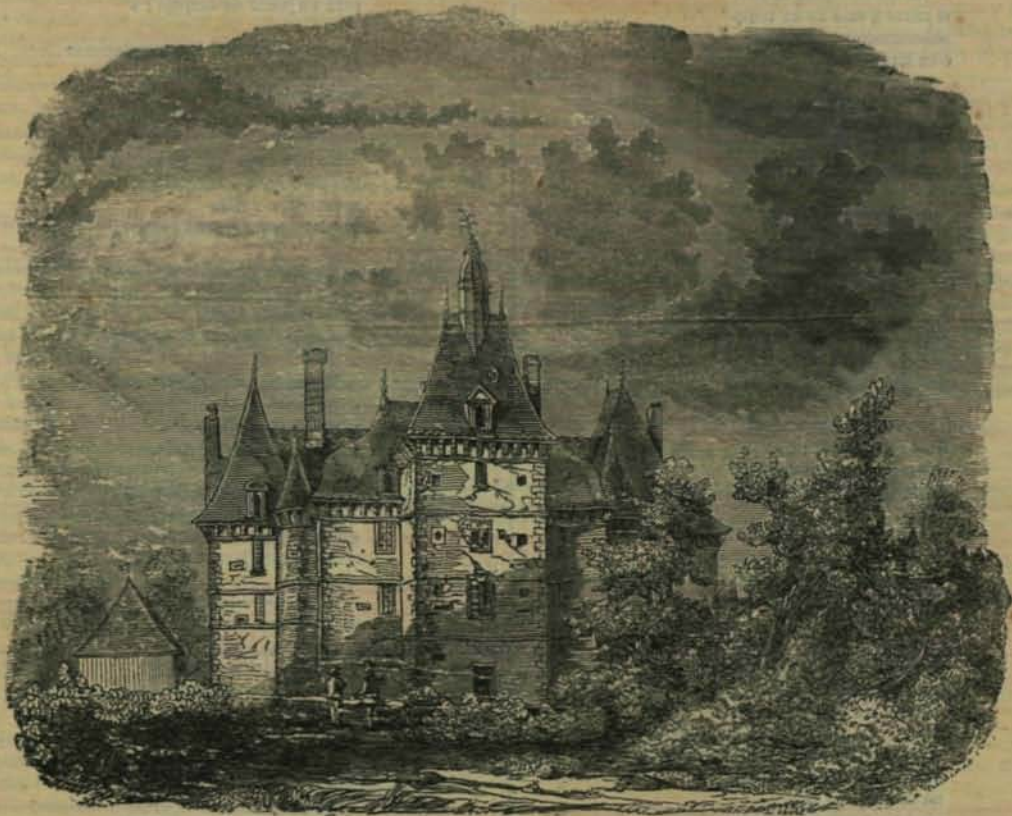
LA ANTAPOLA.

ROMANCE.

Flor que despreciada y triste
Vives en el verde prado,
Meciendo las leves hojas
Sobre tu flexible tallo:
Flor que desdena el jardín
Y eres gala de los campos,
Por puros, quizás, el hombre
Menosprecia tus encantos.
Ya escondida entre las nieves,
Cual perla en ancho océano,
Aumentas con el misterio
Tu atractivo siempre mágico:
Y ya apareciendo hermosa,
Como en noche oscura un astro,
Te saluda tiernamente
Algun amante olvidado:
Que tú lejana del mundo,
Como él del amor lejano,
Sus congojas disminuyes
Con tu porvenir amargo.
Flor de negros tornasoles
Sobre tu púrpura manto,
Imágen de vida y muerte
Eres con matices varios;
Y recuerdas que en la vida,
Como en la mar fluctuando,
Está el escollo de penas
Junto al puerto de descanso.
Flor, con tus hojas rutilles

Y con tu vivir precario,
Semejas una existencia
Que va rápida pasando,
De pasiones carcomida.
Sin que la opriman los años,
Tú mueres apenas naces
A impulso de agena mano;
Te deshoja el aguacero,
Rompe el huracán airado
Tus renuevos, y el pie troncha
De algún segador tus tallos.
Ya en las haces de los trojes,
Ya entre yerbas el muchacho
Te confunde, y desapareces,
Hermosa flor, por acaso;
Como una bella esperanza
Que en sueños acariciamos
Y disminuye una duda
O destruye un desengaño.
Flor vilmente despreciada,
Yo por mi amiga te aclamo,
Pues los hombres el dolor
Sobre mi frente sellaron.
Compadecerás mis penas
En tu abandono, pensando
Que solo buenos amigos
Saben ser los desgraciados.
Te abrigaré en el invierno,
Y tendrás en el verano
Como brisa mis suspiros
Y como riego mi llanto.

JOAN DE ARIZA.



(Castillo de Kriftok en Alemania.)